

Tétrada Oscura

Capítulo N° 5

La caída de los arcángeles

Un tenue resplandor verde inundó la dormida casa, se introdujo en el cuarto de los niños y comenzó a crecer y volverse más brillante. Isabel se quedó un rato contemplando a sus hijos y después de algunos minutos se dirigió con pasos suaves que no producían ruido sobre el piso de madera, hacia la habitación que compartía con su marido, quien dormía plácidamente.

Todo estaba tal y como lo dejó aquella noche en que todo comenzó. ¿Cuánto tiempo había pasado?; la verdad es que eso no tenía ninguna importancia. Ella simplemente había regresado al instante preciso en que los dejó dormidos en un sueño profundo, de tal forma que para su familia no había pasado ni un minuto.

Isabel experimentó una sensación extraña, nunca antes sentida por ella, al verlos así dormidos. Si lo deseaba, despertarían y el tiempo reanudaría su marcha normal para ellos. Los veía casi con curiosidad, como quien trata de imaginar la efímera existencia de un insecto, que vive toda su vida en un solo día. Ahora ella existía en una escala de tiempo totalmente distinta y que le permitía viajar de un instante a otro, sin que eso le afectara siquiera. Podía despertarlos y reanudar su vida junto a ellos, pero ella los percibía como si fuesen un fugaz pestañeo y el tiempo se los habría quitado antes de que pudiese percatarse.

Por un instante Isabel sintió un poco de nostalgia; una leve sensación de incomodidad que no alcanzó a ser llamada pena.

Tranquilamente, sin que ningún sonido la acompañase, se dirigió a la cocina. Ante un gesto de su mano el vidrio roto por la flecha disparada contra ella por el elfo claro, quedó completamente intacto y la cocina en orden.

Tras meditarlo un rato finalmente se decidió. Sus emociones hacia su familia habían cambiado completamente; su mente se había vuelto calculadora y los veía solo como ilusiones que pronto desaparecerían. Pero sabía, estaba convencida que era mejor que ellos continuaran con su vida normal. Extendiendo sus manos, como cuando se está entregando algo, cerró sus ojos y concentró su consciencia en un

punto de luz verde que fue creciendo lentamente y a cobrar la silueta difusa de una mujer. Parada frente a ella, con satisfacción se vio reflejada a sí misma.

Su gemela, así creada, poseía todos sus recuerdos y emociones, así como toda su personalidad en general. Lo mejor de todo es que ella envejecería a un ritmo normal para los humanos y la familia podría continuar con una vida común y corriente.

Un suave destello verde iluminó la cocina y la elfa oscura se esfumó en medio de la noche, tan silenciosa como había llegado.

Isabel, porque lo más justo era llamarla como tal ya que era una imagen perfecta e ideal de ella, se sirvió un gran vaso de leche fría y se dirigió a su habitación, una vez en la cama abrazó tiernamente a su marido y se durmió dulcemente.

El tiempo seguía su curso normal, así como normal era la vida que seguiría esa familia. Sin sobresaltos ni nada fuera de lo común; excepto, tal vez, por la visita unas cuantas veces de un fantasma verde que se deslizaba por las habitaciones en alguna noche en los años venideros.

...

¿Cuántos años llevaban juntos?; diez, tal vez quince años. Resultaba tan difícil recordar períodos tan cortos de tiempo que Mireya miraba en forma distante a su esposo e hijos, sin poder sentir ninguna emoción por esos seres tan sutiles como la llama de una vela o como un suspiro.

La fusión con la esmeralda sagrada la había cambiado tanto como a sus tres compañeras. Su antigua longevidad ahora parecía una ilusión junto a su actual inmortalidad, que le confería su capacidad de moverse fuera del tiempo. Su comprensión de la realidad también había evolucionado a un nivel que cualquier genio envidiaría y era esa misma condición la que ahora le indicaba lo que debía hacer.

En medio del subterráneo salón donde por años llevó a cabo sus hechizos, la bruja alzó sus brazos y en medio de un destello de luz verde otra Mireya, idéntica en recuerdos y sentimientos, así como en el cuerpo y personalidad la observaba con una tierna sonrisa en los labios.

—Cúdalos y que sean felices —pidió Mireya a su gemela.

—Pierde cuidado, recuerda que ahora yo soy tu y ellos son mi familia —respondió la otra Mireya.

—Confío en ti, tanto como en mí misma —respondió la original.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —consultó la réplica de Mireya.

—Sí, por supuesto —respondió la bruja.

— ¿Yo soy bruja también? —quiso saber ella.

— ¿Deseas serlo? —preguntó Mireya.

— ¿Si no lo hubieses sido tú, esto no estaría pasando, ¿verdad? —preguntó la otra.

—No, nada de esto estaría ocurriendo —respondió Mireya—. Sería una mujer normal, con una familia normal.

—Aunque la tuya es una vida muy emocionante, la otra parece tranquila y agradable, sin monstruos, asesinos, ni demonios —meditó la nueva Mireya.

—Así es, lo que le falta a una lo tiene la otra —respondió la bruja—. ¿Bueno, ya decidiste?

—Sí ya sé qué clase de vida quiero —concluyó la réplica—. Quiero ser madre, esposa y profesional, como una humana común y corriente; envejecer y también morir cuando llegue mi hora.

—Has elegido con sabiduría —respondió Mireya a su copia, tomándola de las manos, mientras un resplandor verde la envolvía—. Ve con ellos y que sean felices —dijo la bruja mientras lentamente se disipaba.

Con paso liviano, como si despertara de un sueño reparador, Mireya subió las escaleras de piedra que conducían hacia la casa. Al cerrar la puerta a su espalda, ésta desapareció y un reloj mural ocupó su lugar. Sellado para siempre el sótano de la bruja, quedó olvidado como si nunca hubiese existido. Aunque conocía la casa a la perfección, la nueva Mireya la recorrió por primera vez, tocando cada objeto y cada pared que llamaba su atención. Frente a las piezas de los niños ella sonrió y los besó y arropó. Junto a la cama matrimonial, soltó su cabello y despertó a su marido con varios besos en el cuello, mañana era sábado y no tenía turno en el hospital, así es que podía desvelarse esa noche.

...

Francine se escurrió como un fantasma por toda la mansión de la familia para la que trabajaba. Huérfana desde niña, solo buenos recuerdos tenían de quienes la acogieron casi como a una hija. Como agradecimiento solicitó ser la doncella de la hija de sus patrones. Aunque el tiempo nada significaba para dicha familia, ya que al igual que ella eran vampiros, habían quedado fuera del límite de su realidad y ya no le bastaba con esa existencia tan simple y apacible.

Sin más, tomó una hoja de papel y escribió una emotiva carta donde agradecía todo lo que habían hecho por ella, pero que deseaba iniciar una nueva vida a partir de cero. Pedía, por favor, que le permitieran ir y les manifestaba su eterna gratitud. La existencia de la Tétrada Oscura era un secreto y no quería arriesgarse a ser descubierta por toda una nación de vampiros con capacidades telepáticas, al igual que ella. Y, por otro lado, aun con lo poderosos que eran los vampiros, en su condición actual los veía débiles y vulnerables y a pesar de los años, décadas y siglos pasados junto a esa familia, no sentía pena al separarse de ellos; su mente fría y calculadora le indicaba que eso era lo correcto y natural.

...

Cristina no se cuestionaba en lo más mínimo respecto al paso que estaba a punto de dar. Había llegado a la conclusión lógica de que debía alejarse definitivamente de su familia. Desde siempre había elegido el camino de ser una loba solitaria, lo que haría un poco más fácil la separación. La joven se adentró en el bosque hasta llegar a un claro bañado por la luna, tras una honda inhalación de aire, Cristina separó un poco sus labios y entonó un largo aullido. Cuatro voces más le respondieron y los cinco elevaron sus voces a la luna llena.

Ya estaba hecho, Cristina se había despedido definitivamente de su manada, dejando atrás la vida a la que renunció para vivir con los humanos y la vida que eligió junto a ellos.

...

— ¿Primera vez en Tierra del Fuego? —preguntó el guía a la pareja de turistas.

—Sí, queremos disfrutar el paisaje del fin del mundo —contestó la mujer con un marcado acento norteamericano.

— ¿Están totalmente seguros de querer acampar aquí? —preguntó el guía, pensando en lo inhóspito que podía ser el clima ahí.

—Oh, sí, estamos acostumbrados a este tipo de climas —contestó el hombre mostrándole una fotografía de ellos acampando en una montaña nevada.

—Ya veo —aceptó el guía—. Está bien, que se diviertan; volveré a buscarlos en una semana más.

—Adiós —se despidió la mujer con una mano cuando la camioneta se alejaba.

— ¿Qué te parece? —preguntó el hombre.

—Se ve todo normal —respondió ella—. Aparentemente aquí no pasó nada. Sin embargo, viendo más allá de la ilusión, es evidente que hubo una batalla tremenda, en la que se combatió usando grandes cantidades de energía.

—Energía que solo puede ser generada y controlada por ángeles —observó él.

—Eso es lo que pienso —opinó ella—. Sin embargo, necesitamos pruebas. El páramo agreste y devastado lucía aun las cicatrices sufridas en la batalla librada entre los seguidores del proscrito Athatriel y la Tétrada Oscura; ya nunca nada más nacería en ese suelo muerto, quemado por fuegos nunca vistos por los humanos.

—Y aquí encontré una —indicó él, pasando su mano sobre una zona del suelo que se veía completamente cristalizada y lisa—. Esto solo lo pudo haber hecho el golpe de una espada flamífera.

—Entonces es verdad —opinó ella—. Los rumores de que los ángeles de Athatriel fueron asesinados son ciertos.

—Eso explicaría por qué no se ha tenido ninguna noticia de actividades de ellos o de sus seguidores —pensó él.

— ¿Pero quién podría ser capaz de matar a doscientos ángeles? —preguntó ella.

—Solamente alguien inmensamente poderoso —opinó él.

—Esa cantidad de poder debería ser muy difícil de ocultar —comentó ella.

—Y, sin embargo, no logro detectarla —observó él.

—Quién sea que hizo esto, parece que tiene la capacidad de ocultar su poder —meditó ella.

El hombre se agachó a ver algo en el suelo.

—Creo que encontré algo, pero casi no se nota —indicó.

— ¿Qué es? —preguntó la mujer agachándose también.

—Aquí se abrió un portal de fuego —observó él.

—Eso es propio de los ángeles caídos —comentó ella—. ¿Dónde se abrió de salida?

El hombre cerró los ojos y se quedó inmóvil durante varios minutos, casi sin respirar ni moverse.

— ¡No lo encuentro! —comentó él—. No se abrió en ningún lugar del planeta.

— ¿Entonces? —preguntó ella—. A alguna parte tiene que haber llegado.

La mujer se quedó estática, como si un rayo la hubiese atravesado.

— ¿Sentiste eso? —preguntó ella—. Fue como si un pequeño sol hubiese estallado.

La energía liberada por Isabel y Mireya al crear a sus gemelas no pasó desapercibida por los dos ángeles.

—Pero ya no hay nada —observó el hombre—. Fue algo muy fugaz.

—De igual forma investiguemos —indicó ella extendiendo sus doradas alas y elevándose a una velocidad incalculable, seguida de él.

Aunque fue algo que duró un instante solamente, la cantidad de energía liberada era inusual y debía ser investigado el hecho.

...

Isabel estaba sentada tranquilamente en el banco de una plaza meditando sobre lo que acababa de hacer, cuando vio una pareja que caminaba hacia ella; al principio no le dio importancia, pero cuando se plantaron frente suyo intuyó la amenaza que implicaban y se puso rápidamente de pie.

— ¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó Isabel para cortar la tensión.

—Es ella —dijo el hombre haciendo aparecer inesperadamente una espada de fuego en su mano derecha.

Rápidamente, sin perder ni un segundo, la elfa extendió una de sus manos y un puñal de fuego voló hasta el corazón del hombre, consumiéndolo en llamas.

No esperando semejante hecho, la mujer desplegó sus alas, pero antes de que lograra elevarse, Isabel la sujetó de ellas y con un certero golpe de la espada flamífera que acababa de encender, se las cercenó en medio de los gritos de dolor. Sin ninguna compasión la elfa arrojó al ángel al suelo y acercó amenazadoramente la hoja de fuego a su cuello.

— ¿Quién eres y qué pretendían? —preguntó Isabel con los ojos llenos de fuego.

—Nos mandaron a investigar la muerte de los ángeles seguidores de Athatriel —respondió la mujer con la voz entrecortada por el dolor.

— ¿Quién los envió? —interrogó la elfa.

—Contesta —ordenó Isabel acercando aún más la espada al cuello del ángel—. O lo preguntaré en forma más convincente.

—Fuimos enviados por uno de los arcángeles —respondió la mujer.

Isabel bajó su espada y meditó ante lo que acababa de averiguar. Sin hacer ruido la mujer se puso de pie mientras la elfa le daba la espalda y en su mano se materializó una incandescente espada flamífera. Rápidamente Isabel se volvió y descargó un golpe en el cuello de la mujer, quien fue consumida inmediatamente por llamas que surgieron de su propio cuerpo.

Tras observar como el fuego terminaba de quemar al ángel, en medio de una gran llamarada la elfa desapareció del lugar.

...

—Coordinador, reúna a la Tétrada Oscura enseguida —ordenó Isabel al momento de materializarse en medio del centro de operaciones del Anticristo, mientras se dirigía a la oficina de este.

—Como ordene, Señora —respondió el hombre.

— ¿Ethiel, pasa algo malo? —preguntó el demonio.

—No lo sé —respondió la elfa.

Al poco rato Mireya, Francine y Cristina entraban también al despacho.

—Hace un rato tuve contacto con dos ángeles enviados por los arcángeles, a investigar la muerte de los seguidores de Athatriel —explicó ella.

— ¿Estás completamente segura de ello? —preguntó Francine.

—Lo confesaron con una espada flamífera en el cuello —respondió la elfa.

— ¿Dijeron cuál de los arcángeles los envió? —preguntó Damián.

—Negativo —fue la escueta respuesta de Ethiel, quien mantenía su forma humana.

— ¿Dónde están los ángeles? —preguntó Mireya— Me gustaría poder interrogarlos.

—Eso no va a ser posible —contestó la elfa—. Tuve que matarlos en defensa propia.

— ¡Lástima!, habría sido bueno obtener más información —opinó Damián—. Hay que estar atentos a todo, ya que las cosas se pueden complicar si intervienen los arcángeles.

—No me preocupan mayormente ellos —comentó Cristina—. En nuestro entrenamiento demostraron no ser rivales para nosotras.

—Aun así —insistió el demonio—. Una simulación es muy distinta a un combate real.

—Aunque así sea, sus barreras protectoras no los pueden defender de nuestros ataques —agregó Cristina.

—Sin embargo, son los ángeles guerreros más poderosos —las previno Damián.

—Es mejor que estemos preparadas para cualquier cosa —intervino Francine—. Pero no nos adelantemos a los hechos y esperemos que las cosas se den primero.

—Coordinador, comience rastreo y seguimiento de toda actividad de ángeles ocurrida en el tiempo real —ordenó Mireya.

—Enseguida, Señora —obedeció el aludido.

A los pocos minutos el coordinador de operaciones ingresó al despacho principal, con la información solicitada.

—Nuestro monitoreo indica que desde la eliminación de los ángeles de Athatriel, ha habido un aumento inusual, pero esperable de las actividades de los ángeles —informó el ejecutivo.

—Era de suponer que la muerte de doscientos ángeles no pasaría inadvertida —comentó Damián.

—No tuvimos alternativa —opinó Cristina—. Ellos nos atacaron y tuvimos que defendernos.

—Eso no lo discuto —dijo Damián—. A lo que me refiero es que la energía utilizada para ello, por su intensidad y magnitud, no era fácil de ocultar completamente; por otro lado, también resultará sospechosa la desaparición de los dos ángeles en manos de Ethiel.

— ¡Yo solo me defendí! —contestó ella molesta.

—Estoy seguro de ello —la calmó el demonio—. Lo que pasa es que nunca antes había sido asesinado un ángel.

...

El arcángel se paseaba preocupado, debido a que uno de los equipos enviados a investigar la muerte de los ángeles, no se había reportado como se les había ordenado. Si fue un error de ellos, los reprendería en forma apropiada; mientras tanto enviaría a otra pareja al último lugar informado siguiendo una pista.

Una pareja paseando tomados de la mano, no llamaba la atención de ninguna de las pocas personas que aun andaban en el parque disfrutando de la noche. Lentamente ambos dirigieron sus pasos hacia un banco cercano.

—Hasta aquí llega la pista —señaló la mujer.

El hombre se inclinó para abrochar sus zapatos, mientras tocaba el suelo con sus dedos.

—Aquí hay un golpe con espada flamífera —dijo él en voz baja.

—Ahí y ahí murieron los dos ángeles desaparecidos —indicó la mujer con sus manos—. Pero no parece haber signos de combate.

—Creo que no hubo ninguno —opinó él—. Esto parece más una ejecución.

— ¿Pero quién podría tener el poder necesario para hacerlo? —preguntó ella.

—Informemos inmediatamente nuestro descubrimiento —decidió el ángel.

Lo escuchado por el arcángel solo confirmaba lo que ya sospechaba. El hecho de que se hubiese usado espadas flamíferas para matar a los ángeles implicaba solo una cosa; ángeles caídos estaban detrás de esto. Sin embargo, no había ningún indicio de actividad de los seguidores de Lucifer al respecto, excepto por la reunión de las cuatro mujeres que se hacían llamar la Tétrada Oscura, cuando el mundo estuvo a punto de ser destruido, claro que en ese entonces Lucifer informó de ello y recibió autorización para actuar. Tal vez quedaba la posibilidad de que sin que él lo supiese, las mujeres hubiesen descubierto la forma de aumentar sus poderes hasta ser capaces incluso de matar ángeles. De ser ese el caso, era probable que ni el mismísimo Lucifer se atreviese a enfrentarlas ahora y se hubiese desentendido de ellas, al igual como solía hacerlo con sus otras creaciones. No importando cuál era la causa, era necesario destruir a la Tétrada Oscura antes de que se volviese totalmente incontrolable.

El arcángel sabía que sería necesario desplegar un gran contingente de ángeles guerreros, incluso se podría requerir la intervención de los otros arcángeles. Personalmente deseaba que no fuese así, ya que la guerra era algo que prefería evitar si era posible, a diferencia del arcángel Miguel que parecía vibrar con ella e incluso disfrutarla.

El hecho de que la Tétrada Oscura hubiese desaparecido literalmente de la superficie del Planeta Tierra, aumentaba sus sospechas de que esas cuatro mujeres eran las responsables de la muerte de doscientos ángeles y posiblemente también de sus enviados.

...

La asistente de Damián entró con una expresión de preocupación en el rostro.

—Señor, perdón que lo interrumpa, pero ha llegado un comunicado por parte de los arcángeles —informó la secretaria a su jefe.

— ¿De qué se trata? —preguntó El Anticristo.

—Los arcángeles solicitan que se entregue inmediatamente a la Tétrada Oscura para que respondan por la muerte de los ángeles de Athatriel y de dos ángeles mensajeros —dijo ella un poco asustada de lo que estaba comunicando.

—Contésteles que se ha perdido todo rastro de la Tétrada Oscura desde que intentaron sellar la fisura entre planos —ordenó Cristina—. Infórmeles que no se han puesto en contacto desde entonces y que se desconoce su paradero; se sospecha que probablemente no lograron sobrevivir a la misión. Indíqueles que debido a lo particularmente grave de la situación y las amplias repercusiones que para ambos bandos puede haber, si sus sospechas son correctas, pueden contar con nuestro apoyo. Atentamente El Anticristo Damián...

La secretaria miró con cara de pregunta a su jefe.

—Obedezca —respondió él.

La ropa que llevaba recién puesta Cristina fue reemplazada por su armadura, de igual forma que en sus compañeras.

—Fue un placer conocerlo, Jefe —dijo Ethiel, obsequiándole su puñal de elfa oscura.

—Cuando todo esto termine volveremos, Señor —agregó Mireya.

—Mantenga encendida la flama del licor —dijo Cristina—. Se me antojará una copa cuando regrese.

—Hasta pronto —fue la simple despedida de Francine.

—Hasta pronto, chicas —respondió Damián—. No dejen que esos bonachones las asesinen. Recuerden que poseen la esencia de Lucifer.

...

En una extensa planicie deshabitada las cuatro mujeres aparecieron de la nada, luciendo como cuatro columnas de negro carbón. Una densa niebla oscura manaba del cuerpo de todas ellas y se elevaba, al igual que el fuego que nacía de sus ojos. La Tétrada Oscura pronto sería detectada por los arcángeles y eso era precisamente lo que ellas deseaban.

— ¡Salgan de su escondite cobardes! —gritó Mireya haciendo temblar la tierra con su voz.

—Su amo no los protegerá para siempre de nosotras —agregó Cristina.

—Vámonos de aquí —dijo Francine—. Estos débiles y patéticos inútiles están temblando de miedo.

Lo que ellas pretendían provocar ocurrió cuando el cielo se rajó, dejando pasar a cientos de ángeles guerreros. Cuando ya estaban lo suficientemente cerca descargaron una devastadora lluvia de fuego sobre las cuatro mujeres; cuando el viento y el infierno se disiparon, inalterables permanecían ellas. Ethiel elevó sus brazos y millones de gotas de fuego cayeron sobre las legiones de ángeles, perforando sus alas y sus cuerpos, incendiándolos y vaporizándolos en el aire.

— ¿Y estos son los ejércitos celestiales? —preguntó despectiva Cristina.

Era claro que esa estrategia estaba destinada al fracaso. A la Tétrada Oscura no se le podía atacar de frente, ya que al hacerlo se exponían a una masacre inevitable.

Varias legiones de ángeles armados con sus espadas flamíferas, zumbando ansiosas de encontrar un objetivo se materializaron a la espalda de la Tétrada.

Con un aullido que hizo temblar cielo y tierra Cristina liberó a la bestia dormida. Como una exhalación, la licántropa clavó sus garras incandescentes en el pecho del ángel que tenía más cercano, consumiéndolo en llamas que el viento avivó. Aprovechando la ocasión, otro ángel descargó su ardiente espada sobre Cristina, pero con su mano libre atrapó el brazo de éste, corriendo igual suerte que el anterior.

Las garras de Francine brillaban en sus manos y sus ojos despedían fuego; en un gran salto giró en el aire y encendió su espada. La vampiresa no tardó en verse rodeada por decenas de ángeles que la amenazaban con sus luminosas

espadas. A pesar de lo apremiante de la situación, la adrenalina se había convertido en energía pura gracias al poder de la esmeralda sagrada. Respirando hondo, Francine giró rápidamente transformando su cuerpo en un torbellino de fuego que se desplazó vertiginosamente entre las filas enemigas, convirtiendo en cenizas a cientos de ángeles.

El arcángel se veía preocupado; tan solo tres de las cuatro mujeres habían entrado en combate y varias legiones bajo su mando habían perecido.

El báculo de Mireya escupía chorros de fuego que quemaban a los ángeles como si se trataran de hojas arrojadas a una hoguera.

Una cegadora ola de fuego llenó el campo de batalla; el arcángel sostenía con fuerza su espada mientras lanzaba un ataque definitivo contra la Tétrada Oscura.

—Esta abominación termina aquí y ahora —gritó el arcángel mientras continuaba su ataque.

Al cabo de unos minutos de una cataclísmica descarga de energía de su espada, finalmente él bajó su arma. Nada en toda su eterna vida lo había preparado para lo que tenía frente a sus ojos. Si no hubiese sido por sus increíbles reflejos y su velocidad como el pensamiento, no habría podido esquivar a tiempo el formidable rayo que surgió cuando el fuego de las cuatro espadas de las mujeres se unió en uno solo. Sin inmutarse, ellas continuaron con ese ataque mientras él volaba veloz para alejarse. Un imperceptible movimiento de ellas puso el disparo por delante de él; el guerrero alado no pudo evitar chocar de frente con el infernal golpe, que en medio de un cegador resplandor lo hizo arder como un pequeño sol. Francine, abriendo en cruz sus brazos, absorbió toda la energía del caído arcángel.

Nunca antes un ángel de esa categoría había muerto y eso no lo tolerarían los otros seis.

Inmediatamente la respuesta no se hizo esperar y el azul del firmamento se abrió en un cegador destello de mil soles. Cinco arcángeles vestidos con resplandecientes armaduras aparecieron seguidos de miles de ángeles guerreros, todos portando terribles espadas de fuego.

—Esto se va a complicar un poco —opinó Mireya.

— ¿Eso crees? —preguntó Cristina lanzando un largo aullido.

De pronto decenas de aullidos llegaron en respuesta, seguidos de una inmensa jauría de lobos de luz que atacaron a las legiones de ángeles, que inútilmente intentaron defenderse; una lluvia de cenizas fue lo único que quedó de ellos. Sin perder tiempo los arcángeles descargaron todo su poder sobre las mujeres, las que se lanzaron violentamente sobre ellos, golpeando sus espadas en

una encarnizada batalla. Cada golpe desencadenaba una lluvia de fuego, acompañada de cegadora luz.

Francine tuvo la mala suerte de verse enfrentada a dos arcángeles, lo que la ponía en evidente desventaja y peligro. Sin darle mayor importancia a eso, ella peleaba con dos espadas flamíferas en sus manos; sin embargo, ambos arcángeles eran muy rápidos y uno atrajo toda su atención, oportunidad que aprovechó el otro para dejar caer la hoja de su espada en la espalda de la vampiresa. De no haber sido por la oportuna maniobra con que una espada detuvo el golpe del arcángel, Francine habría sido consumida por su fuego. Enlazando la espada que llevaba en su mano derecha con la del ángel, clavó la otra en su pecho. Las cenizas procedentes del calcinado cuerpo del otro arcángel se unieron a las otras. Una sonrisa ocupó el rostro de la vampiresa al ver la figura vestida con armadura roja que pegaba su espalda a la de ella.

—No esperaba verlo aquí, Maestro —dijo la vampiresa.

— ¿Pensabas que me perdería la diversión? —preguntó Telal.

Cuatro rayos se unieron en uno solo, rompiendo en pedazos la barrera protectora del cuarto arcángel que caía bajo la Tétrada Oscura. Los dos sobrevivientes sabían que no podrían retirarse del campo de batalla, aunque eso significase que pasase lo que nunca había pasado.

Los arcángeles se juntaron y una intensa luz los envolvió a ambos.

— ¡Cúbranse! —gritó Telal cuando brotó el chorro de fuego que les pegó de lleno a los cinco.

Si no hubiese sido por las poderosas barreras de la Tétrada y la armadura del demonio, se habrían convertido en humo que el viento se habría llevado.

Dos piedras incandescentes cayeron del cielo a ambos lados de los arcángeles que se habían posado en tierra, impidiendo que se movieran de su posición. Las cuatro mujeres bajaron sus espadas y extendieron ambos brazos hacia ellos; una negra y densa niebla emanó de sus cuerpos y sus ojos despidieron llamas cuando descargaron ocho chorros de fuego que coincidieron en un único punto que se convirtió en un rayo que perforó sin resistencia la coraza de energía que protegía a los arcángeles, tocando finalmente sus cuerpos e iluminándolos cegadores. Con placer, Francine abrió sus manos y recibió en ellas la luz en la que se habían convertido los ángeles hasta que se disipó aumentando el brillo de sus ojos.

—No puedo creer que hemos matado a seis de los arcángeles —opinó Mireya—. No fue tan difícil.

—No te confíes, hechicera —recomendó Telal—. Aún falta el más poderoso, el Arcángel Miguel, pero ese es mío. Tengo un asunto pendiente con él.

— ¿A qué se refiere, Señor? —preguntó Cristina.

— ¿Alguna vez han visto una representación hecha por los humanos del Arcángel Miguel empuñando una lanza, con un demonio bajo su bota, humillado como una rata? —preguntó Telal.

—Sí, alguna vez vi una —respondió Francine.

—Pues, yo era ese demonio —respondió Telal—. Y ahora me toca a mí la revancha; hoy él caerá bajo mi espada, aunque se me vaya la vida en ello.

— ¿Pondría en riesgo esta misión solo por una venganza personal? —preguntó Ethiel.

—Estratégicamente es inaceptable —recapacitó el demonio.

—Al diablo con lo correcto —cortó Ethiel—. El Arcángel Miguel es suyo.

—Pero sus legiones son nuestras —agregó Francine mostrando sus colmillos.

Un extraño silencio llenó el ambiente, como el que precede al trueno antes de la tormenta. De pronto ese silencio fue roto por un extraño sonido que retumbaba como una gran bocina de barco, que venía de todos lados.

—Siempre tan ególatra, que le gusta avisar estruendosamente cuando llega —comentó Telal.

Un brillo intenso iluminó el cielo como un segundo sol y cientos de ángeles con armaduras y espadas aparecieron, dividiéndose en dos formaciones perfectamente ordenadas. Un nuevo brillo más intenso, aun que el anterior iluminó todo el firmamento; cuando el fulgor desapareció, en medio de los dos flancos de ángeles flotaba el último y más poderoso de los arcángeles, con sus alas brillantes como metal, desplegadas en toda su extensión. Una deslumbrante armadura cubría su cuerpo que parecía ser gigantesco y en su mano derecha sostenía una gran lanza de fuego, mientras que una espada flamífera colgaba de su cintura.

— ¿Está seguro que quiere enfrentarlo usted? —preguntó Mireya al demonio—. Se ve muy poderoso.

—He esperado toda una eternidad para esta oportunidad —respondió Telal—. Aunque me cueste la vida.

—Muy bien, es todo suyo, Maestro —aceptó la bruja.

— ¡Este combate es nuestro, Miguel! —gritó Telal al arcángel.

—Según parece no estás en posición de exigir nada traidor..., arcángel renegado —respondió Miguel con una voz de trueno que hizo temblar el suelo.

— ¿Fue un arcángel? —preguntó Ethiel.

—Sí, pero yo aprendí a pensar por mí mismo —respondió el demonio—. No soy un títere de un amo.

—Ríndete ahora y solo cortaré tus alas —ofreció el arcángel.

—Eres muy valiente cubriéndote con tus vasallos —respondió Telal—. ¿Qué tal si les ordenas que no intervengan?

—Tienes una lengua muy hábil, demonio —respondió Miguel sin caer en el truco—. ¿Cuán hábil es tu brazo?

Uno de los ángeles rompió la formación y Mireya lanzó su báculo al aire. Una brillante burbuja envolvió a todos los ángeles que estaban a la derecha del arcángel, mientras Ethiel sopló sobre su mano y otra burbuja de iguales características atrapó a los ángeles que se encontraban a la izquierda de Miguel.

—Muy bien, solo tú y yo —dijo Miguel desplegando sus alas y encendiendo su impresionante lanza flamífera.

—Tétrada no intervengan más. Es una orden —gritó Telal al elevarse.

Varios ángeles dispararon con sus espadas y manos tratando de romper desde adentro la burbuja que los aprisionaba; sin embargo, para su sorpresa, toda esa energía rebotó por todos lados, convirtiendo la esfera en una bola de plasma incandescente que los desintegró a todos en forma casi instantánea.

—Lástima y pensar que se podrían haber salvado —dijo Francine extendiendo una de sus manos y dejando que toda esa energía fluyera por ella llenando su ser.

—Has absorbido mucha energía —observó Mireya en voz baja—. ¿Cómo te sientes?

—Magníficamente bien —contestó la vampiresa—. Creo que podría destruir el Sol de un solo golpe si lo deseara.

—Mejor ni se te ocurra intentarlo —sugirió Cristina—. Acabarías con el sistema solar.

—Es solo una forma de decir —aclaró Francine—. Si lo rompiera no podría volver a broncear mi hermoso cuerpo.

—Por favor no me distraigan, no quiero perderme ningún detalle de este combate —las calló la elfa oscura.

...

Las puntas de las lanzas de ambos arcángeles chocaban con grandes destellos de luz y gotas de fuego caían como lluvia que todo lo quemaba.

Las alas cubiertas de metal reflejaban el sol en cada movimiento, haciendo difícil verlos bien a simple vista.

A esta altura del combate no se podía saber quién sería el vencedor, pues ninguno superaba en fuerza y habilidad al otro. Telal, sin embargo, había planeado muchas veces este encuentro en su mente y repasado cada detalle del primer enfrentamiento con Miguel, en el que había sido humillado como una sabandija.

Un golpe, una estocada, cada uno no lograba tocar a su rival, a diferencia de sus armas que despedían fuego con cada contacto. Las alas de ambos batían el aire provocando fuertes ventiscas que en ocasiones alcanzaban niveles huracanados.

La Tétrada Oscura observaba atenta, registrando en su mente calculadora cada movimiento percibido por sus superdotados sentidos.

Las lanzas se engancharon, Telal giró la suya rápidamente tres veces y agitó sus alas, quedando más elevado que Miguel; la lanza del arcángel se soltó de sus manos y cayó produciendo un silbido igual al de una bomba al caer, dejando un gran cráter al golpear el suelo. Casi en el mismo movimiento el demonio clavó su lanza en una de las alas de Miguel, haciendo que éste perdiera su equilibrio y cayera violentamente en picada, no obstante, sus reflejos eran rápidos y logró a tiempo frenar el descenso y aterrizar de pie.

Como un rayo, Telal aterrizó junto al arcángel, listo para combatir en tierra. Ambos arcángeles encendieron al mismo tiempo sus espadas flamíferas y en un titánico cruce de golpes las enlazaron en una danza mortal. Cada golpe brillaba con el resplandor de diez soles. El calor desprendido era abrazador y, sin embargo, ninguno de los dos daba muestras de agotamiento, a pesar de la tremenda potencia de los impactos y del tiempo que llevaban luchando.

Un afortunado movimiento de Miguel le permitió acertar un golpe en el brazo izquierdo de Telal, provocándole un gran corte que el demonio ignoró por completo.

En lugar de debilitarlo, la herida parecía inyectarle más energía y fuerza, haciendo retroceder a su adversario por la violencia que había cobrado su ataque.

Desde la mano izquierda de Telal surgió un cegador destello que hizo que Miguel cerrara sus ojos una fracción de segundos, tiempo que el demonio aprovechó para saltar y ponerse a la espalda del arcángel.

El primer golpe amputó la mano derecha de Miguel, extinguiendo inmediatamente su espada. Una fuerte patada en la espalda lo hizo caer de rodillas al suelo. Triunfante Telal puso una bota en su pecho, mientras con la otra pisaba la mano izquierda del abatido arcángel.

—He esperado toda una eternidad por este momento —dijo el demonio dejando que la hoja de fuego de su espada separara la cabeza del cuerpo de su enemigo. La cantidad de energía liberada fue la equivalente a una bomba nuclear al estallar.

Triunfante, Telal guardó su espada y caminó airoso y orgulloso hacia sus discípulas, que habían sido testigos de la batalla más formidable de toda la eternidad.

...

La muerte de todos los arcángeles y la destrucción de los ejércitos celestiales, así como la confirmación de la Tétrada Oscura como la fuerza suprema, había roto el equilibrio de poder, lo que permitiría a los ángeles caídos replantear su posición en el nuevo orden establecido.

Con el correr de los siglos nuevas leyendas y nuevas religiones nacerían en torno a la figura de las cuatro mujeres que se elevaron más allá del cielo y del infierno.